

EDUARDO,

REY DE INGLATERRA,

POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS.

EDUARDO, rey de Inglaterra, tan cruel enemigo de la corona de Francia, como las crónicas publican, tuvo reñida guerra con los escoceses, retirándolos y restringiéndoles en lo más íntimo de su reino; esta tuvo fin, como otras suelen, con el casamiento del Rey con la hija del de Escocia, de quien tuvo algunos hijos, y entre ellos el primogénito, que del nombre del padre se llamó Eduardo, segundo príncipe de Gales, que reinó después de sus días, tan belicoso, que no cedió en las armas á ninguno de su tiempo, y aventajó á muchos de los más famosos capitanes del pasado. Tuvo este un vasallo, cuyo nombre era Guillerino de la Roca, tan valeroso y práctico capitán, que por su consejo, como por su valor, llegó al deseado fin las más dificultosas empresas, que le dieron honroso lugar en el inmortal templo de la fama. A este, después que el valeroso Príncipe, por la muerte de su padre, heredó el reino, en pago de sus servicios le dió el condado de Salverí, en el confin de Escocia, y casóle con una nobilísima dama, hija del marqués de Bellor, cuya belleza entre las de aquel reino era juzgada por más que humana, y á pocos días pasados de los alegres desposorios, como hombres necesarios para negocios importantes del servicio de su rey, fué forzoso que el Marqués y Conde hiciesen ausencia tan sentida en el alma de sus esposas, cuanto disimuladas de las muestras exteriores; despidiéronse, no dando aun en el último trance muestra de que se les pudiese conocer menos que un ánimo varonil. El Conde, que sumamente amaba su nuevo empleo, tanto por su hermosura como por sus merecimientos, partió atravesada el alma, anteponiendo, como los nobles deben, el servicio de su rey á sus mayores comodidades. No hubieron pasado veinte días de su ausencia, cuando vino nueva que el rey de Francia, émulo antiguo de la corona de Inglaterra, por trato que tuvo, como á hombres tan importantes, porque no le fuesen de impedimento á sus designios, los puso en una cuidadosa prisión, cosa que igualmente fué de la madre y hija sentida, y tam-

bien del Rey, á quien hacían notable falta; y así como se publicó, los escoceses con furioso ímpetu asaltaron el castillo de Salverí, donde la Condesa vivía, por ser fuerza muy importante de sus confines y parecerles que estaba falta de defensa. Ella, olvidando la femenil flaqueza, se mostró en su defensa una valerosa Camila, una valiente Pantasilea, capitaneando con mucho valor y gobierno sus soldados, proveyendo lo que juzgaba más forzoso, y avisando al Rey del peligro en que se hallaba, que como agradecido, viendo el gran riesgo que corría por la falta de los que por venir á servirle estaban en prisión, acudió á socorrer ocasión tan forzosa como lo deben hacer los buenos reyes, repartiendo sus favores y mercedes con los que los sirven apartados de su presencia, más beneméritos que los que inútilmente en sus cortes los lisonjean. Los escoceses, conociendo la infructuosa batería por el visible daño, junto con estar avisados de sus espías de la venida del Rey, como del intento que traía de hacer jornada, con poca ganancia y menos reputación se retiraron, de que avisado el Rey, y asimismo de la batería que el enemigo había hecho, prueba de la obstinada determinación de su voluntad, como de la defensa que se le opuso, admirado del valor de una mujer, quiso ver por sus ojos lo que á sus oídos parecía increíble; y hallándose cerca, prosiguió su camino, de que avisada la Condesa en el pequeño espacio que la breve dilación concedía, hizo la prevención posible, porque la Marquesa se había retirado, por hallarse indispuerta, á otro lugar suyo á gozar de más saludables aires; y teniendo aviso de que ya llegaba, se salió á recibir, haciendo abrir todas las puertas de la ciudad y castillo, dejando prevenido para su entrada que á un tiempo se hiciese una salva real, para que el violentado plomo, impelido del fuego por el instrumento del temeroso metal, avisase de la venida de su dueño.

Era la Condesa la más hermosa y gentil dama de toda la isla, y tanto, que á todas las señoras de ella exce-

EDUARDO, REY DE INGLATERRA.

491

dia en hermosura, honestidad, recato y gentileza. Como el Rey la vió tan ricamente aderezada, dando luz, ser y maravilla á su natural compostura, y la belleza incomparable de que estaba dotada, hicieron en él suspensión sus sentidos, y admirando tanta gentileza, quedó tan enamorado, que inclinándose ella para besarle la mano con la debida reverencia, él con mucha humanidad y con sobrado amor la recogió en los brazos, y levantándola del suelo, valiéndose de la usanza de la tierra, la besó en el rostro. Los caballeros que le acompañaban, admirados y suspensos, no apartaban de ella la vista, y el Rey, fijos en ella los ojos sin desviarlos un punto, con evidentes muestras las daba de su ánimo apasionado; y ella, que gozaba de igual discreción que de donaire, con discretas palabras y conocidas lisonjas dió gracias al Rey del socorro, diciendo que los escoceses con sola la certidumbre de su venida, sin osar esperarle, no solo habían dejado el cerco, más desampararon los últimos términos de la tierra, amedrentados de solo el glorioso nombre de su valor; y prosiguiendo para entremeterle en la plática de lo sucedido en el cerco, entraron en el castillo como triunfantes, donde el Rey se hospedó, y mientras se aprestaban las mesas, el que vino á ver enemigas baterías, de los poderosos rayos de sus hermosos ojos se halló tan cautivo, que cuanto más procuró valerse de los reparos de su autoridad y obligación, se hallaba con menos defensa, y ya en su determinada voluntad, expuesto al albedrío de tan agradable enemigo y dueño, pensando solo en el acquisto de la voluntad, arrimado el brazo á una ventana, sobre la mano reclinado el rostro, y señales ciertas de no fingida melancolía. Cuando la Condesa le vió tan triste y pensativo, llegando á él con el debido respeto é igual gracia, acompañada de un atractivo donaire, le dijo: Señor, en el tiempo que es razón mostraros tan alegre á vuestros vasallos, cuando, sin sacar la espada, solo con la sombra de vuestro valor se confiesan vuestros enemigos vencidos, muestra cierta de que aquí no tiene lugar la lisonja, que no es poco que por breve término huya de los palacios, cuando debieran alegrarse vuestros soldados y pueblo, que depende de vuestras acciones estarlo, ¿es cuando vos, que sois su padre y cabeza, les mostráis el rostro triste? El Rey, más obstinado en su propósito y al encanto de las suaves palabras, pareciéndole la presente buena ocasión de descubrirle el penetrante veneno de su hermosura y las abrasadoras llamas que le atormentaban... ¡Oh portentosos efectos de aquella ciega, si poderosa deidad! Que el que preso de tu poder noche y día, con impetuoso corriente de palabras en sus ojos y boca, se queja de su mal, determinado de pedir su justicia en el tribunal que le agravia, teme delante de la causa del modo que el discípulo de pocos años en la presencia del riguroso maestro, el que delante de los más valientes enemigos atrevidamente sabe defender lo que le toca, teme y enmudece de una mujer; otros, así como sienten el peligroso veneno, descubriéndole previenen remedio. De este modo, como fluctuante bajel impelido de dos contrarios vientos, es-

taba Eduardo, que el que sin impedimento puede decir lo que siente, no es verdadero rigor el que padece, sino inflamado deseo de lo que espera... Advirtiéndole que la Condesa callando daba muestras de esperar su respuesta, los ojos hechos lenguas del alma, le dijo: ¡Ay, hermosa Condesa, prenda inestimable del venturoso que puede alcanzar el poder de vuestros merecimientos! ¡Miserio yo, cuán apartados están mis pensamientos de aquello que vos podeis imaginar! Yo tengo en el alma un cruel enemigo que me atormenta, y no es posible apartarle de ella; nació después que llegué aquí, y no acierto á resolverme. Callaba la Condesa viendo en el Rey semejantes rodeos de sus conocidos pensamientos, cuando él, prosiguiendo con un piadoso suspiro, le dijo: ¿Qué decís, señora? ¿No sabréis darme algún alivio á tanta pena? Ella disimulando dijo: Señor, mal podré dar remedio ignorando el daño. Y desviándose de quererle dar por entendida, prosiguió: Si estais triste porque el enemigo ha talado la tierra, el daño no es tan grande que sea capaz de tanto sentimiento como el vuestro, y á Dios gracias, que estais en estado que con muchas ventajas podeis tomar la debida satisfacción de su atrevimiento, pues tantas veces la habeis tomado con mucho honor vuestro. El Rey, algo más alentado, replicó: ¡Ay, señora mía! Si es que estimo mi vida, es forzoso que os manifieste la ocasión de mi mal; supla vuestra discreción las faltas de mi atrevimiento, pues nació de la honrosa causa de vuestro respeto, porque me pareció conveniente que nadie, sino es vos y yo, sepa este secreto. Así como llegué á vuestra casa y os vi acompañada de tal belleza, de tan prudentes y honestos modos, de tanta gracia, gentileza y valor, que como piedras preciosas engastadas en oro finísimo resplandecen en el amable engaste de vuestra hermosura, de modo me abrasaron los rayos hermosos de vuestros ojos, tiraría agradable de los más libres pensamientos, que para disponer de mí no estoy en mi poder; todo depende del vuestro, y es de suerte, que mi vida ó mi muerte está en vuestra mano; y si agradecida á mi amor, teniendo compasión de mí me recibiereis por vuestro, viviré el más contento del mundo, y si, como lo creo de vos, ingrata á tanta afición, negáreis el socorro al inmenso dolor que como cera al fuego me consume, brevemente fenecerán mis días, que del mismo modo puedo vivir sin vos que un cuerpo sin alma. Con esto dió fin á su razonamiento, y con el temor que el reo espera la última sentencia, suspenso en las palabras del que la pronuncia, de quien depende su vida ó muerte, con esta misma suspensión aguardaba el Rey la respuesta de la Condesa, que como vió que esperaba, con grave y honesto rostro, á quien los más encendidos claveles pudieran envidiar, que su vergüenza depositó en sus hermosas mejillas, con una majestuosa y respetable severidad respondió: Señor, si las razones que me habeis dicho entendiera que no eran más que por aliviar en parte los trabajos del pasado camino, como me las habeis significado, la más cortés respuesta que pudiera dar era no responderos; más obligame á creer lo que digo pensar

que tan católico y generoso príncipe en todas las ocasiones gustará, conforme á su grandeza, dar antes honor que quitarle, y mas cuando se os representen los muchos servicios de mi padre y esposo, hechos en tan importantes ocasiones contra el mayor de vuestros enemigos. Lo que os suplico es que quede aquí sepultado este injusto como licencioso deseo, no porque puede padecer detrimento mi reputacion, que en todo tiempo vivirá segura con los que conocieron así mis obligaciones como la puntualidad con que yo acudo á su cumplimiento, sino por el peligro que puede correr vuestra opinion en el juicio de los que no os son muy afectos, cuando se alcanzase á saber lo que me habeis significado, que no solo se usaba de sinrazon conmigo, quebrantando la ley del hospedaje, mas de ingratitud con las prendas mías, que por vuestro servicio están presos en Francia; y pues os hizo Dios tan valeroso que sabeis sojuzgar poderosos enemigos, venced los mas importantes, que son vuestros mal regidos deseos, atendiendo solo, como es justo, á nuestro amparo y al gobierno del reino. En esto avisaron al Rey que la comida le aguardaba; sentóse, comió poco, pensativo y melancólico, procurando con recato cuidadosamente no apartar la vista de su daño, como el enfermo que ordinariamente apetece lo que le causa la dilacion de su enfermedad, y tal vez el fin miserable de su vida. Estuvo aquel dia en Salverí considerando la batería, de que con los suyos habló largamente, mas por satisfacerlos que por su satisfaccion; que los príncipes como son de todos mas que propios, es forzoso que á todos satisfagan, y mas á la gente de la milicia, dueños de los mas poderosos imperios en ocasiones, que en esto hacen conocida ventaja á los profesores de letras, pues dan las leyes que ellos ejecutan, y para mandar y gobernar en la paz sobran hombres, mas para conquistar y defender las monarquías se hallan muy pocos, y son menester muchos.

No apartaba un punto de su consideracion el Rey la respuesta de la Condesa, que cuanto mas la consideraba imposible, mas le atormentaba su resistencia. Es ordinario en los amantes alabar la honestidad y recato en las mujeres, virtud en ellas tan dignamente estimada; pero si en las que aman conocen ánimo casto, voluntad firme, dales notable disgusto, dándoles nombres de ásperas é intratables, como las querrian con los otros, mas para sí fáciles, blandas y amorosas, pareciéndoles que con ellos son crueles, soberbias é inhumanas. Tal estaba Eduardo, que viendo que su dama como incontrastable roca á las furiosas olas de sus persuasiones perseveraba firme, mostrando con sus desprecios notable valor, la culpaba junto con su fortuna. Al fin, por no dar sospechas, como por forzosos negocios que le ocurrian, remitiendo para mejor ocasion la prosecucion de sus pensamientos, el dia siguiente se despidió cortesmente de la Condesa, dejándola largos recados y cumplimientos para su madre, y suplicándola que pensase con mas acuerdo su remedio. Ella le respondió con mucha gentileza, agradeciéndole la recibida merced, y suplicando á Dios que le diese vic-

toria contra sus enemigos. Fué el Rey, y de allí á dos dias vino su madre, á quien dió larga cuenta de todo el suceso, y ella como prudente, previniendo los futuros daños, como otros por el contrario los desean, temia semejante favor.

En este tiempo el rey de Francia dió licencia de que el marqués de Bellor fuese á Lóndres á tratar ciertos acuerdos con el Rey, y no teniendo efecto, volviése á la prision, de que habiendo mandado que hiciese pleito homenaje, hizo su camino, llegó á la corte de Inglaterra, y escribiendo á su mujer y hija su llegada, dándoles larga cuenta de sus trabajos y peregrinaciones, consolándolas con que presto iria en persona á darlas mas amplia relacion. Fué para ellas de notable alegría la carta, pareciéndoles que se iba facilitando camino para que sus deseos con la libertad de sus dueños tuviesen buen suceso, y aunque sabian por las cartas que esta dependia de la voluntad del Rey, jamás le quisieron escribir suplicádoselo, cosa que él deseó, y no viendo el efecto, no le causó pequeño disgusto su entereza. Respondieron al Marqués, acompañando las cartas con algunos regalos mujeriles en tal ocasion, que mas es prueba de amor que remedio de necesidad de quien no la padecía. Fué el Marqués muy bien recibido del Rey, dándole muy buenas esperanzas de los acuerdos que venia á tratar, en que consistia la libertad de su yerno, junto con la relacion del aprieto en que se habia visto aquella fuerza, la puntualidad de su socorro, como el valor de la Condesa. El le dió por tantas mercedes infinitas gracias, dando por bien empleados los trabajos que en su prision habia padecido por su servicio, y por bien remunerados con los favores en su ausencia recibidos; y pidiéndole licencia para ir á ver su casa, le pareció á Eduardo que la fortuna le favorecia y ayudaba su intento, facilitándole la vista de la que tanto amaba, y honrándole de palabras, que lo saben hacer muy ampliamente los poderosos cuando les importa, respondió así: Marqués, ya sabeis la mucha estimacion que el Rey, mi señor y padre, que esté en el cielo, hizo de vos, y que yo que heredé sus obligaciones os tengo en la misma; la falta que me ha hecho vuestra ausencia, solo la dejo al tiempo, que con la prosperidad de mis sucesos acreditaré mis palabras. Yo trato al presente en mi consejo la mas importante resolucion que por ventura haya tenido, ni pienso que podrá ofrecérsele á esta corona. Esto ha de durar muchos dias; y así, estoy determinado, por ser tan conforme á razon el agradecimiento, particularmente en los príncipes, que los trabajos que por mi causa ha padecido vuestra casa tengan fin con la libertad del Conde; y pues vos sois de mi consejo, y vuestra persona tan importante á la mia, como os he significado, y la causa de que hubiere desamparado vuestra casa la corte, y hallarós ausente, pareceme que vencida esta dificultad con que hayais venido, con su venida podrian excusaros de trabajosos caminos, y á mí de la incomodidad que en una apretada ocasion podria causarme el hallarme ausente. Fué tanto el contento

que el Marqués recibió de las engañosas palabras, que con el cebo de la lisonja traian escondido el mortal anzuelo de su pretension, que creyendo que todos aquellos favores fuesen dignos de sus méritos, porque el amor propio raras veces deja de juzgar apasionadamente; y así, le pidió licencia para ir por su casa, y él, pareciéndole que con la comunicacion seria fácil que se descubriese su engaño, con mas apretados encarecimientos comenzó á poner las mismas dificultades, y el Conde agradecido envió al punto cartas con orden de que su casa se viniese luego á Lóndres con la mayor brevedad posible. Aunque fueron al punto obedecidas, fué con evidentes sospechas, como encarecia en ellas tanto el favor del Rey, de que semejante jornada fuese trazada por orden suya.

En este tiempo llegaron al Marqués cartas de Francia dándole cuenta cómo en breves dias el conde de Salverí habia pasado á mejor vida, y con ellas su testamento, en que deja heredero al Rey del condado que le habia hecho merced, encargándole que por sus servicios amparase á la Condesa, queriendo obligarle por este camino para que le hiciese merced de él. Venian asimismo cartas del Rey, que conmovido á lástima del suceso, le daba por libre del pleito homenaje con que habia salido de la prision, ya tuviese ó no el esperado suceso el negocio que venia á tratar, á que el Marqués respondió con el agradecimiento que debía á tan no esperada merced; y dándole cuenta de todo al Rey, que aunque fingió tristeza de semejante desgracia, sumamente alegre por parecerle que ya tenia su pretension segura, ó por lo menos en mejor estado, deseando granjear la gracia del Conde, le envió á visitar, y junto con el pésame la merced del estado que por el testamento le tocaba para la viuda Condesa, con largas promesas de mayores mercedes, y despues fué él en persona con muchas muestras de sentimiento, vestido de luto, procurando consolarle; de que el Marqués, dando las debidas gracias á tan particulares mercedes como las recibidas, se sintió tan favorecido, que templó en parte el suceso del yerno, pareciéndole tal merced pronóstico de mas grandioso empleo en su hija, que avisada una jornada de Lóndres del lastimoso suceso, no obstante el grande sentimiento, mostró en las públicas acciones el invencible ánimo de su corazon. Entró de noche en su casa, que era muy cerca de palacio, y avisado el Rey de un camarero suyo, con quien solo descansaba de su amorosa pena, trazó de ir á verla, que para facilitar esta visita habia hecho la de su padre, y comunicándolo con él, le besó la mano, así por la pasada merced como por el presente favor, y disponiendo las cosas de su casa, fué á acompañar al que con el color de honrarle daba ya que decir, viendo tantas mercedes donde habia tan hermosa causa.

Llegó el Rey, y fué recibido de la Condesa y su madre con humildes cortesías, y despues de las palabras de cumplimiento que de una parte á otra pasaron, estando algo apartado con la viuda Condesa, en sumisa voz la dijo: El presente suceso nos muestra que co-

mo justo parece que favorece el cielo el deseo que en vos tengo tan bien empleado; pues habiendo procurado contenerme de amaros, no porque yo lo deseo, pues fuera desear el fin de mi vida, sino por obedecer la primera cosa que quisisteis mandarme, pues tengo con vos tan poca fortuna, que en ella parece que cifrásteis toda vuestra voluntad, mas me abraso mientras mas diligencias intento por serviros; y os doy mi palabra que en lo que padezco por mis pasiones, todos conocen que amo, pero todos ignoran la causa. Al punto que os veo, de nuevo os adoro y os estimo por única señora mía. Ella respondió agradecida que hacia la debida estimacion de la recibida merced como de su rey y señor, pero que entendiése que en ningún tiempo la estimaria de otra manera; que si fuera verdadero su amor, como decia, llevara solo por fin el de su honor; pero que el que en algo excediese en esto, ni podia tener buen suceso, ni en su pecho ni voluntad tendria jamás estimable correspondencia. Despidióse muy desconsolado el Rey, haciendo las mayores diligencias que en un hombre muy enamorado y poderoso pueden imaginarse; y despues que madre y hija vieron que el mal del Rey era irremediable, por no dar alguna ocasion en que el poder violentase el respeto y su determinacion, procuraban con mucha instancia que el Marqués las volviése á su tierra; y viendo que anhelante y engañado con el favor del Rey, no solo no condescendia con ellas, mas le disgustaba el oirlo, no osaban declararse; y así, tomaron por remedio el que suele ser en este caso el mas importante, que era el evitar todas las ocasiones que se le pudiesen dar al Rey de amarla, excusando el salir de casa, el gozar de las ventanas y aderezarse con tan poco cuidado, que pudiese en parte disminuir su hermosura. Todas estas cosas encendian mas el ánimo del apasionado Rey; y vióse tan apretado de la desesperacion, que alentado de su poder admitió por último remedio el de la violencia; mas como el que de veras está enamorado es como el delincuente que con el mas grave delito jamás desespera de su vida, antes con astucias y diligencias procura prevenir su remedio, tantas hizo el enamorado Eduardo, que aunque fueron con el mayor secreto que le era posible, y ellas con el mismo salian muy pocas veces de su casa, tenia aviso de todas, y poniéndose dos ó tres veces delante, alimentaba la vista de aquel amable cuanto deseado veneno, y con ser su hábito mas conforme al de monja que de viuda, cuyo monjil negro y largas tocas, en las que se usan, cubren el dia de hoy una florida primavera de colores, que generalmente disculpan todas con el humor melancólico, aunque conocidamente le sabe que nace del alegre. El Rey estaba de modo, que todas estas diligencias eran para él infructuosas, y en la verdad comunmente lo son; porque el diamante engastado en plomo no pierde un punto los brillantes rayos de su resplandor, que antes sale mas por la poca contradiccion que halla en el bajo metal, como se mostró en el presente. No le aprovecharon á Eduardo promesas, dejando el cumplimiento

de ellas en su voluntad buenas palabras, favores ni humana diligencia para que ella perdiese de vista su primer propósito, que cuando las mujeres vienen á volver la primera voluntad en obstinacion, ni hay peligro que las espante, ni beneficio que las obligue. Pues el Rey, como enamorado, que quien lo está raras veces deja de ser sospechoso, parecióle que aunque el padre disimulaba, que no fuese él la ocasion de tanto desden, juzgando por imposible que en el pecho de una mujer cupiese tanto rigor si no fuese alimentado de persona que con autoridad pudiese obligar á la observancia de sus documentos. Esta sospecha le causaba una profunda melancolía, porque es al poderoso cruel injuria el defenderse de la injusta voluntad que desea con justa y cortés resistencia. Combatido de varios pensamientos, despues de mil imaginarios discursos, llevado de la ceguedad y furia de su mal gobernado deseo, se resolvió en uno, el mas inaudito é inhumano que puede creerse, y tal, que por castigo venia á ser en persona tan calificada cruelísimo, y fué en hablar al Marqués libremente, acompañando sus razones de favores, caricias y promesas, aunque aventurase en la conquista de la deseada posesion su estado, pues con la dilacion de su deseo aventuraba lo mas importante, que era su vida; y habiendo pensado muy despacio un cumplido razonamiento, y comunicándole con su camarero, le pidió su parecer, y él le dijo que parecia cosa fuera de toda razon que con persona de tanta autoridad y servicios como el Marqués se le perdiese tan conocida-mente el respeto; y que á lo que entendia, no podia creer que él supiese que los favores hasta allí recibidos corriesen por semejante camino, porque los excusara; y que era bien advertir que al mismo punto que alcanzasen semejantes deseos se tendria en él un poderoso contrario, y que tambien se debia mirar que era un hombre valeroso, y que él y su padre se habian criado en la corte, donde siempre habian tenido honrosa reputacion y habian salido bien de dificultosas empresas, y que era amado el Marqués, y respetado generalmente. Todo esto fué de poco provecho para el Rey, que determinado de poner en ejecucion su intento, le envió á llamar diciendo que tenia que conferir con él cosas importantes: el Marqués vino al punto, y halló que el Rey le esperaba en un secreto camarín, donde así como entró le mandó que cerrase la puerta.

Estuvo Eduardo sobre una camilla de campo, y quiso que junto á él se sentase en ella el Marqués, que por el debido respeto no obedecia; viendo que el Rey le obligaba, se sentó, aguardando lo que le mandase, y él se estuvo un pequeño espacio sin hacer movimiento; y despues, los ojos con infinitas señales de lágrimas, con profundos suspiros interrumpidos de las palabras, le habló así: Marqués, padre y amigo, hiceos llamar á mi presencia para comunicar con vos el mas importante negocio que jamás ha ocurrido, pues no me importa menos que la propia vida, y en muchos que se me han ofrecido peligrosos no me he visto nunca en tan gran peligro, porque me siento combatido de mortales con-

gojas, tan vencido de mis propias pasiones, que sin dula, si con la brevedad que tanta pena pide no se me aplica el conveniente remedio, vendré á padecer la mas desesperada muerte que el mas miserable de los humanos hasta hoy ha padecido.

Dichoso puede llamarse solo aquel que con el freno de la razon puede gobernar sus apetitos, y con la justa medida de la justicia regular sus acciones, que esto es solo lo que de los brutos nos diferencia, que ellos, siguiendo su natural instinto, corren tras su apetito, y nosotros con la razon podemos elegir y escoger justamente, y cuando nos apartamos del verdadero y derecho camino, la culpa es nuestra, pues dejándonos llevar de una falsa y aparente delectacion, nos dejamos precipitar en los abismos profundos de los vicios. Misero yo, que todas estas cosas comprendo y veo, y conociendo cuán violentamente me lleva fuera de camino mi propia pasion, ni puedo ni me atrevo á retirarme al verdadero amparo, que conozco ser el que me conviene; digo que puedo, y mas propiamente podria decir que no quiero, pues me dejo arrastrar de mis pasiones. Soy como el cazador que llevado de la codicia de seguir una fiera por un intrincado y espeso bosque, se halla tan adelante en su seguimiento, que cuando quiere dejarla, no halla el camino, y mientras mas porfia buscarle, más se imposibilita de lo que desea. Todo esto os he dicho, Marqués, no porque no conozco mi error, mas porque conociendo vos que no soy mio, que carezco de libertad, y no está en mi mano el prevalerme, tengais de mí compasion. Yo, que gloriosamente por tierra y mar vencí mis enemigos, y en Francia hice el nombre inglés respetable y temido, me siento tan rendido y ligado de una depravada voluntad, de un desordenado deseo, que no me puedo desatar ni contenerme; y mi vida, que mejor puedo llamar muerte, la veo tan acompañada de penas y angustias, que soy el verdadero receptáculo de las miserias y desdichas. ¿Qué excusas tendrá mi yerro que disculpen mis obligaciones, pues compensándolas, no hallaré ninguna que no sea frívola y de poco fundamento? Sola una hallo, que es el serviudo y mozo, causa que parece que la misma naturaleza desfiende, y haber hecho de mi parte los posibles esfuerzos, y habiéndolos hallado todos inútiles remedios á tan desesperado accidente, el último que me queda ya como desconfiado de mi salud es rogaros que me digais á qué está obligado un vasallo cuando la vida de su rey depende de su mano. El Marqués le dijo: Corrido estoy de que me preguntéis eso, pues su obligacion es poner por su salud, no solo su hacienda y vida, sino lo mas importante, que es su honor. Y si voluntad de vasallo os tiene en tal punto, no dadeis que mas importa vuestra vida que todo lo referido; y esto se entienda empezando de mí al primero. ¡Oh fuerza de la adulacion! Oh consejo injusto! Oh bien merecido castigo de quien un punto se aparta de la verdad, pues nadie debe ser obedecido sino en lo justo y honesto! Quedó suspenso Eduardo, y al fin de un pequeño espacio dijo: ¡Ay, Marqués amigo, cuán alentado me

dejan vuestras honrosas razones! Ya no dudo de ponerme en vuestras manos, porque ¿quién mejor que yo sabe que en el tiempo de mi padre y mio habeis sabido derramar vuestra noble sangre y mucha de los enemigos en nuestro servicio, y en las mas peligrosas ocasiones nos habeis ayudado con prudentes consejos, no menos convenientes para conseguir las dificultosas empresas que los valerosos hechos de ese invicto brazo, y no una vez, sino infinitas, no solo os he hallado incansable, sino siempre que se me ha ofrecido, con nuevo aliento y fuerzas de servirme? ¿Por qué en mi mayor necesidad no esperaré de vos todo el favor y ayuda que un hombre de otro esperar pueda? ¿Cómo creeré que me pueda negar sus palabras el que no ha sabido negarme las obras mas importantes, su propia sangre? Solo de ellas tengo ahora necesidad, Marqués; porque sé con certidumbre que si de veras quereis servirme, ellas solas harán el fruto que deseo.

En cambio de lo que os ruego, porque no penseis que servís á señor ingrato, os ofrezco que partiré con vos mi reino; y si lo que yo os pidere os parece difícil de poner en ejecucion, considerad que si se ofreciera, lo hiciera yo por vos, y que el servicio tanto es mas agradecido cuanto tiene en sí mas dificultad; mayor prueba hace el amigo de voluntad cuanto mas aventura por su amigo, porque las que solo se hacen con las palabras, con ellas mismas tienen condigna satisfaccion. Considerad, os ruego, lo que es disgustar un rey, de quien haciendo lo contrario, podréis disponer á vuestra voluntad; si me dejó vuestro yerno por heredero del condado de Salverí, me dejó mi padre por señor de este reino, y con la liberalidad con que os di aquel, os ruego que dispongais de este. Vos teneis cuatro hijos varones, á quien es imposible dar el estado que vuestra calidad pide; yo os doy la palabra de dárselo tal, que no les quede ocasion de envidiar al mas poderoso; ya vos sabeis cómo se gratificar á quien me sirve; y así, pareciéndoos condescender con mi deseo, veréis en breve el fruto que os sigue; que si á los que con pequeños servicios me obligaron no he sido ingrato, menos lo seré con vos, en cuyas manos pongo mi vida. Aquí los profundos suspiros y lágrimas que procuraron, queriendo mostrarse, aprobar por verdadero el sentimiento del Rey, suspendieron sus palabras, y el Marqués, que le amaba, viendo las evidentes señales de la pasion que tenia, ignorando la causa de verse rogar con tanta instancia, y deseando el aumento de sus hijos, conmovido de piedad, hizo una grande oferta, prosiguiendo: Señor, empleadme sin respeto ninguno, que empeño de nuevo mi palabra que desde que os juré por rey y señor os tengo por pleito homenaje empenada, que en todo aquello que con mi entendimiento, fuerzas y lengua valiere para servirlos, seréis de mí con la debida fidelidad servido; y si fuere conveniente, no solo la vida que tengo, mil que tuviéramos yo y mis hijos, las emplearíamos en servirlos. ¿Quién con semejantes ruegos á un rey poderoso que le tenia obligado con sus favores, respondiera al contrario? ¿Cómo tan honrado va-

sallo pudiera creer que se le propusiera semejante demanda? Mas en toda ocasion los hombres deben ser cuerdos en lo que prometen, que si el Marqués midiera sus pocas fuerzas con el poder de quien le rogaba, con pequeño acuerdo pudiera sospechar que solo el tesoro de su sangre depositado en el frágil vidrio de una hermosura corria peligro en tan fuerte ocasion.

Las palabras del Marqués cubrieron el rostro del Rey de mil colores, y animado de amor, con temerosa voz le dijo: La Condesa, vuestra hija, es quien me tiene en el estado que os digo; ella sola me aborrece porque la adoro; sin ella ni puedo vivir ni quiero; si deseais servirme, si deseais que viva, haced que me ame. ¿Creeis vos que á tan leal vasallo, á tan verdadero amigo sin mucha fuerza de pasion me atreviera á lo que os ruego? Mi yerro es inexcusable, discúlpeme con vos amor; que si habeis en algun tiempo pasado por el rigor de su tiranía, bastantemente pienso que estoy disculpado. Acuérdeseos cuántas veces vos y el Duque, mi primo, me habeis reprendido lo mucho que ocupaba el tiempo en la caza, advirtiéndome el daño que podria causarme el viento, lluvias y vigiliias, nieve y hielo; no por mi gusto, como ajeno de juicio, corrí los montes y los valles, sino con intento de sujetar mis pasiones, ó por lo menos tener con ellas alguna tregua; y viendo que nada me aprovechaba, acudí al último socorro; tened lástima de mí, y si castillos, villas, tierras, tesoros quereis, ú otra cosa que en mi poder sea, aquí teneis en blanco mi firma, disponed á vuestra voluntad. El Marqués como noble habló lo que se le ofrecia, diciendo: Señor, yo me hallo reducido al mas estrecho paso que pudo verse hombre de mi calidad, porque cualquiera resolucion que tome ha de ser en mi daño; hallome obligado por el vínculo de mi promesa, si agraviado de que con dádivas y promesas me trateis como á hombre bajo. Yo estoy determinado, porque primero que falte mi palabra, querria que falte mi vida; no obstante que no ignoro que no debe quedar obligada sino en lo que fuere justo; pero veo de por medio vuestra vida. Yo le diré á mi hija cuanto me habeis pedido, como de vos lo entiendo, advirtiéndome que puedo rogar, y no obligarla con la fuerza; basta que de mí entienda vuestro deseo cuando yo os tuviera muy ofendido; mas, señor, antes que me ausente os quiero suplicar que ante vos me sea lícito el deciros mi sentimiento antes que formar quejas ante otro. ¿Es posible que en vos haya cabido pensamiento de manchar sangre que para vuestro servicio y acrecentamiento jamás excusó el derramarse? ¿Este es el premio que yo y mi casa esperamos de nuestros servicios? ¿Qué pudiéramos esperar del mas ofendido enemigo? ¿Vos, señor, á mi hija el honor, á mí el alegría, á mis hijos la libertad de poderse dejar ver en público, y el mayor de los agravios, pues quereis que sea el ministro de mi vituperio? Advertid que os toca, cuando otro intentara agraviarme, salir á mi defensa: si vos me ofendeis, ¿á quién podré quejarme? Solo á vuestra prudencia constituyo por juez de mi agravio; que tengo